

EL HOMBRE QUE RÍE

PRIMERA PARTE

EL MAR Y LA NOCHE

Dos capítulos preliminares

I

URSUS

I

Ursus y Homo estaban ligados por vínculos de estrecha amistad; Ursus era un hombre y Homo un lobo. Habían simpatizado. El hombre bautizó á la fiera, y tal vez se habría elegido también su nombre: habiéndole parecido Ursus bueno para él, le parecía bueno Homo para el animal. La reunión de los dos era de gran provecho para las ferias, para las fiestas de la parroquia, para las calles y plazas, en las que los transeúntes se atropellan por oír contar patrañas y por escuchar á Dulcamaras.

Agradábale á la multitud ver un lobo dócil y habilidoso; verle amansado le complacía. Nos es agradable ver desfilár ante nuestra vista todas las variedades de la domesticación, y por eso se agrupa tanta gente á ver pasar los cortejos reales.

Ursus y Homo iban recorriendo de calle en calle, desde las plazas públicas de Aberystwith, hasta las plazas públicas de Yedburg, de país en país, de condado en condado, de ciudad en ciudad. Cuando agotaban un mercado ibanse á otro. Ursus habitaba en una choza portátil, que Homo estaba bastante civilizado para arrastrar de día y vigilar de noche. En los caminos difíciles, en las subidas, cuando hallaba mucho barro ó embarazos en el camino, el hombre tiraba fraternalmente al lado del lobo para ayudarle á llevar la carga. De esta manera envejecían juntos. Acampaban á la ventura en un erial ó en un soto, en un cruzamiento de caminos, á la entrada de una aldea, á las puertas de un villorrio, en los mercados, en el atrio de las iglesias, en cualquier sitio. Cuando la carreta se paraba en el campo donde se exponía alguna feria, cuando la multitud corría hacia ellos y formaban círculo en torno suyo, Ursus peroraba y Homo aprobaba. Homo, con una artesa en la boca, pasaba pidiendo por la concurrencia. Así ganá-

banse la vida. El lobo era instruido, el hombre también; aquél fué educado por éste y éste por sí solo, y las diferentes habilidades del lobo contribuían á que hiciera gran colecta.—Sobre todo no degeneres en hombre—decíale su amigo.

El lobo no mordía nunca, el hombre algunas veces; á lo menos Ursus pretendía morder. Ursus era misántropo, y para dissipar su misantropía hizose volatinero, y también para poder vivir, porque el estómago impone sus condiciones. A más de esto, el volatinero misántropo, ya para complicarse ó ya para completarse, era médico. No sólo médico, sino ventrílocuo. Oíasele hablar sin verle mover la boca. Copiaba exactamente el acento y la pronunciación de cualquiera é imitaba la voz, hasta el punto de identificarse con la de la persona imitada. El solo copiaba el murmullo de una multitud. Reproducía toda clase de gritos de animales, de tal suerte, que, según su voluntad, os hacía oír, ó una plaza pública llena de rumores humanos, ó un bosque plagado de voces de bestias.—Esta clase de talentos, aunque son muy raros, existen. En el último siglo un tal Touzel, que imitaba las muchedumbres de hombres y de animales juntos y que simulaba todos los gritos de las bestias, fué agregado á la persona de Buffon bajo este concepto.—Ursus era perspicaz, inverosímil y curioso, é inclinado á las explicaciones singulares que llamamos fábulas, aparentaba creer en ellas. Esta desvergüenza constituía parte de su malicia. Miraba las rayas de las manos de cualquiera, abría libros al acaso y sacaba consecuencias, profetizaba el destino, predecía que era peligroso encontrar un asno negro, y más peligroso aún en el momento de ponerse en viaje, oír que nos llama alguno que no sabe á dónde nos vamos. Ursus decía: «Nos diferenciamos el arzobispo de Cantorbery y yo, en que yo confieso.» El arzobispo, justamente indignado, le hizo llamar; pero el discreto Ursus desarmó á su gracia recitándole un sermón de su propia cosecha sobre el *santo día de Christmas*, que el arzobispo con afán aprendió de memoria, predicó en el púlpito y publicó como suyo, y le perdonó.

Ursus era médico y curaba con hierbas;

conocía muy bien las simples. Sacaba partido del profundo poder que encierran algunas plantas desdeñadas; usaba las hojas del titímallo, que arrancadas de la parte baja de la planta sirven de purga, y arrancadas de la parte alta se utilizan como vomitivo; curaba el mal de la garganta por medio de la excrecencia vegetal conocida por el nombre de *oreja de judío*; conocía cuál es la planta que cura al buey y cuál es la hierba buena que cura al caballo; conocía las virtudes de la mandrágora, que nadie ignora pertenece á los dos sexos. Daba recetas, curaba las quemaduras con la lana de la salamandra, de la que Nerón, según cuenta Plinio, tenía una servilleta. Vendía panaceas. Se decía que en otro tiempo estuvo encerrado en Bedlam; le hicieron el honor de tenerle por insensato, pero le dieron la libertad en cuanto advirtieron que era poeta. Esta historia probablemente no sería verdadera, pero nos vemos obligados á sufrir muchas de estas leyendas.

Lo cierto es que Ursus era sabihondo, hombre de gusto y poeta latino. Era instruido en dos ramos del saber humano; hipocratizaba y pindarizaba. Era capaz de componer, tan hábilmente como el Padre Bouhours, tragedias jesuíticas. Como resultado de su familiaridad con los venerables ritmos y metros de los antiguos, poseía imágenes completamente suyas y toda una familia de metáforas clásicas. Decía que una madre, á la que antecedian sus dos hijas, era un *dáctilo*; que un padre, seguido por dos hijos, era un *anapesto*, y que un niño, que iba entre su abuelo y su abuela, era un *amfímacro*.

Tanta ciencia sólo podía servir para morir de hambre. La escuela de Salerno dice: «Comed poco y con frecuencia.» Ursus comía poco y rara vez, obedeciendo así á la mitad del precepto y desobedeciendo á la otra mitad; pero esto era culpa del público, que con frecuencia no acudía y que compraba pocas recetas. Ursus solía decir: «La expectoración de una sentencia alivia. Al lobo le consuela el aullido, al cordero la lana, á la mujer el amor y al filósofo el epifonema.» Ursus, cuando la necesidad le apremiaba, escribía comedias, que representaba después, y esto le ayudaba

á vender sus drogas. Entre otras compuso una pastoral heroica en honor del caballero Hugh Middleton, que en 1608 condujo un río á Londres. Dicho río discurría apaciblemente por el condado de Hartford, á sesenta millas de Londres; fué allí acompañado de una brigada de seiscientos hombres, armados con los útiles apropiados para la obra que iba á emprender; se puso á remover la tierra, á ahondarla por aquí, á levantarla por allá, á veinte pies de altura ó á treinta pies de profundidad; construyó acueductos de madera en el aire, puentes de piedra, etc., y una mañana el río penetró en Londres, que carecía de agua. Ursus transformó todos esos detalles vulgares en una linda bucólica entre el río Támesis y el río Serpentina: el primero invitaba al segundo á que llegase hasta donde él estaba, ofreciéndole su lecho, y decíale: «Soy demasiado viejo para agradar á las mujeres, pero soy suficiente rico para pagarlas.» Ingenua y galante manera de expresar que sir Hugh Middleton había hecho todos los trabajos á expensas suyas.

Ursus era notable en el soliloquio. De naturaleza esquiva y charlatana, gustábasele no ver á nadie y necesitaba hablar á alguno, por lo que vencía esta dificultad hablando consigo mismo. Todo el que haya vivido solitario sabe hasta qué punto es natural el monólogo. La palabra interior pica; arengar en el espacio quita la picazón. Hablar en alta voz y solo, produce el efecto de un diálogo entablado con el dios que cada uno tiene dentro de sí mismo. Sabido es que Sócrates tenía el hábito de perorar y Lutero también. Ursus era como esos grandes hombres; poseía la cualidad hermafrodita de ser su propio auditorio. Se preguntaba y se contestaba, se glorificaba y se insultaba. Desde la calle se le oía hablar dentro de su choza. Los transeúntes, que tienen su modo de apreciar á las gentes de talento, exclamaban: «Es un idiota.» Se injuriaba unas veces, como acabamos de decir, pero también otras rendíase justicia. Un día, en una de las allocuciones que se dirigía á sí mismo, se le oyó exclamar: «He estudiado el vegetal en todos sus misterios, en el tallo, en el botón, en los pétalos, en los estambres, en el óvulo, etc., en todos sus componentes. He profundizado la cromacia, la osmosia y la chimosia, esto es, la

formación del color, del olor y del sabor.» Indudablemente era fatuo el certificado que Ursus se expedía á sí mismo, pero que los que no hayan profundizado la cromacia, la osmosia y la chimosia que le arrojen la primera piedra.

Por su fortuna Ursus no había ido nunca á los Países Bajos, que si hubiera ido, sin duda le hubieran pesado para saber si tenía el peso normal, ó excedía, ó no llegaba, y le consideraban como á brujo. En Holanda la ley fijaba sabiamente este peso: nada más sencillo ni más ingenioso. Hacíase la prueba poniéndolos en un platillo, y evidentemente erais brujo si destruíais el equilibrio: pesabais demasiado, os ahorcaban: pesabais poco, os quemaban. Hoy puede verse todavía en Ondewater la balanza para pesar brujos, que actualmente sirve para pesar queso. ¡Tanto ha degenerado la religión!... Ursus hizo bien en no querer sujetarse á esta balanza, y por eso se abstuvo de visitar la Holanda; creemos además que jamás salió de la Gran Bretaña.

Fuera de esto lo que fuere, siendo como era pobre y hurón y habiendo conocido en una selva á Homo, adquirió la afición á la vida errante. Iba con el lobo por los caminos y vivía con él á la ventura la gran vida del aire libre. Era industrioso, tenía multitud de ideas y poseía el arte de curar, de operar, de quitar las enfermedades y de ejecutar particularidades sorprendentes; considerábanle como hábil saltimbanqui y como diestro médico; creían que poseía algo de la magia, aunque no mucho, porque era malsano en esa época ser tenido por amigo del demonio. Verdaderamente Ursus, por amor á la farmacia y por amor á las plantas, se exponía, yendo muchas veces á recoger hierbas en lugares muy peligrosos, corriendo el riesgo, que hace constar el consejero del Ancre, de hallarse á la caída de la tarde con un hombre saliendo debajo de tierra, «tuerto del ojo derecho, sin capa, con la espada al cinto y con los pies desnudos.»

Ursus, de formas y carácter caprichosos, era demasiado sincero para atraer el gránizo, para aparecer con dos caras, para matar á un hombre haciéndole bailar demasiado, para proporcionar sueños dulces ó sueños espantosos y para hacer nacer gallos de cuatro alas: era incapaz de tales trapace-

rias. Era también incapaz de ciertas abominaciones, como por ejemplo: hablar en alemán, en hebreo ó en griego, sin saberlo, lo que sería prueba de execrable malignidad ó de una enfermedad natural, procedente de algún humor melancólico. Ursus hablaba en latín, porque lo sabía, pero no se permitiría nunca hablar en siríaco, que no había estudiado; además, como es sabido, el siríaco es la lengua que se usa en los sábados. En medicina prefería Galeno á Cardan, porque aunque éste era muy sabio, era un gusano comparado con Galeno.

En suma, Ursus no era uno de esos personajes á los que persigue la policía. Su choza era suficiente larga y suficiente ancha para poder acostarse dentro de ella en un cofre, que contenía sus trajes, poco suntuosos. Era propietario de una linterna, de muchas pelucas y de ciertos utensilios, que colgaba en clavos, entre los que había algunos instrumentos musicales. Tenía además una piel de oso, con la que se cubría en días señalados, y él llamaba á esto vestirse. El decía: *Yo poseo dos pieles; esta es la verdadera*, y mostraba la piel de oso. La choza con ruedas pertenecía á él y al lobo. Además de su choza, del utensilio de vidrio para operaciones químicas y del lobo, poseía una flauta y una viola, y las tocaba bastante bien. Fabricaba él mismo sus elixires: su talento le sugería algunas veces la cena. En el techo de la choza había un agujero por el que pasaba el tubo de un hornillo contiguo al cofre y que enrojecía la madera de éste. Este hornillo tenía dos divisiones: en una hacía Ursus sus operaciones químicas y en la otra cocía patatas. Por la noche el lobo dormía dentro de la choza amistosamente encadenado: Homo era de pelo negro y Ursus de pelo gris; Ursus tenía cincuenta ó sesenta años. Estaba tan resignado á su destino, que comía, como acabamos de decir, patatas, alimento que entonces sólo nutría á los cerdos y á los forzados; él las comía resignado. No parecía alto á pesar de ser largo; estaba encorvado y melancólico. La Naturaleza le formó para que fuese triste; le era difícil sonreír y le había sido siempre imposible llorar. Le faltaba el consuelo de las lágrimas y el paliativo de la alegría. El hombre viejo es una ruina que piensa; eso era Ursus: tenía la locuacidad del charlatán, la

flacura del profeta y la irascibilidad de una mina cargada. En su juventud había sido filósofo en casa de un lord.

Esta historia acontecía hace ciento ochenta años, en la época en que los hombres eran más fieras que lo son en la actualidad... pero poco más.

II

Homo no era un lobo cualquiera. Por su afición á los nisperos y á las manzanas se le hubiese podido creer lobo de pradera; por sus aullidos, que casi degeneraban en ladridos, hubiérasele podido tomar por el culpeu de Chile; pero no se ha estudiado aún lo bastante la pupila del culpeu para no estar seguros de que no es un zorro, y Homo era un verdadero lobo. Tenía cinco pies de longitud, que es mucha, hasta para un lobo de la Lituania: era muy fuerte; tenía la mirada oblicua, sin culpa suya; tenía la lengua suave, y algunas veces lamía á Ursus; tenía estrecha línea de pelos cortos sobre la espina dorsal, y no era delgado ni grueso. Antes de conocer á Ursus y de tener que arrastrar una carreta, recorría alegremente cuarenta leguas en una noche. Ursus le halló oculto en una espesa maleza, cerca de un arroyo de agua viva, y le cobró cariño cuando le vió pescar cangrejos con habilidad y con paciencia, reconociendo en él á un legítimo lobo koupara.

Como á bestia de carga, Ursus prefería Homo á un burro. Le hubiera repugnado que un asno condujese su choza: daba al asno demasiada importancia para que hiciese ese papel. Además, había observado que el burro, ese soñador de cuatro patas, poco comprendido por el hombre, pone enhiestas las orejas algunas veces cuando los filósofos dicen tonterías. En la vida, entre nuestro pensamiento y nosotros, el asno es un tercero. Como á compañero, Ursus prefería Homo á un perro, creyendo que va tan lejos como éste en cuanto á amistad. Por eso Homo bastaba á Ursus; era para éste más que un compañero, era su análogo. Ursus decía de él: *He encontrado mi segundo tomo*. Añadiendo además: — Cuando yo muera, el que quiera conocerme tendrá que estudiar á Homo, porque le de-

jaré en la vida como una copia idéntica al original.

La ley inglesa, poco cariñosa con las fieras, pudo proceder contra este lobo al verle recorrer familiarmente las ciudades; pero Homo acogíase á la inmunidad concedida á los domésticos por un estatuto de Eduardo IV, que decía: *«Podrá todo doméstico ir y venir libremente, siguiendo á su amo.»* Además, este relajamiento en beneficio de los lobos motivó, entre las damas cortesananas de los tiempos de los últimos Estuardos, la moda de tener a guisa de perros pequeños lobos corsacs, del tamaño de gatos, que se hacían traer de Asia á peso de oro.

Ursus había enseñado á Homo parte de lo que él sabía; á tenerse en pie, á desvanecer la cólera en mal humor, á refunfuñar en vez de aullar; y por su parte el lobo había enseñado al hombre también lo que sabía; á no vivir bajo techado, á conformarse á no tener pan ni fuego y á preferir el hambre en un bosque á la esclavitud en un palacio.

La choza, á manera de cabaña-coche, seguía itinerario variado sin salir de Inglaterra ni de Escocia, tenía cuatro ruedas y las barras, á las que se unía el lobo, y un balancín para el hombre; la choza era fuerte, como convenía que fuese para atravesar los caminos malos, pero construida de planchas ligeras; tenía por delante una puerta con critales y un balconcillo, del cual se servía Ursus para arengar á la multitud, y que era para él entre tribuna y púlpito; y por la parte de atrás tenía una puerta maciza con agujeros respiratorios. La caída de un estribo de tres escalones, girando sobre una charnela y situado detrás de dicha puerta, daba acceso á la choza, que se cerraba por la noche con cerrojos. Había caído sobre dicho vehículo mucha agua y mucha nieve. Estuvo pintado, pero ya no se conocía de qué color. Delante, por la parte de afuera, y en una especie de frontispicio compuesto de una plancha delgada de madera, se podía descifrar en otro tiempo esta inscripción, escrita con caracteres negros sobre fondo blanco, que poco á poco se habían confundido y borrado:

«El oro pierde anualmente por su frotamiento un catorce por ciento de su volumen; de lo cual se deduce que de cada

mil cuatrocientos millones de oro que circulan por todo el mundo, se pierde todos los años un millón. Este millón de oro se trueca en polvo, se vuela, flota, se atomiza, se hace respirable, se carga y pesa, aspirante á dosis las conciencias y se amalgama con el alma de los ricos, á los que hace soberbios, y con el alma de los pobres, á los que hace feroces.»

Esta inscripción, borrada y deshecha por la lluvia y por la bondad de la Providencia, era afortunadamente ilegible, porque es probable que la filosofía enigmática y transparente del oro respirable hubiera disgustado á los sheriffs, prebostes y otros mantenedores de la ley. La legislación inglesa no se chanceaba en esa época. Con facilidad suponía felón á cualquiera. Los magistrados eran feroces por tradición y la crueldad era de rutina; los jueces inquisidores pululaban; Jeffrys habíase reproducido con profusión.

III

En el interior de la choza había dos inscripciones más. Encima del cofre, sobre la pared de planchas blanqueadas con cal, leíase ésta, escrita con tinta:

«Unicas cosas que importa saber.

El Barón, que es par de Inglaterra, lleva un cintillo con seis perlas.

La corona comienza en el vizcondado.

El Vizconde lleva una corona de perlas sin número fijo; el Conde, una corona de perlas con puntas entremezcladas con hojas de mata de fresa; el Marqués, perlas y hojas de la misma altura; el Duque, flores sin perlas; el Duque real, un círculo con una cruz y flores de lis, y el Príncipe de Gales, una corona igual á la del Rey, con la sola diferencia de no estar cerrada.

El Duque tiene el tratamiento de *muy alto y poderoso príncipe*; el Marqués y el Conde de *muy noble y poderoso señor*; el Vizconde de *noble y poderoso señor*, y el Barón *verdaderamente señor*.

Al Duque llámasele *su gracia* y á los demás pares *su señoría*.

Los lores son inviolables.

Los pares forman Cámara y Corte, *concilium et curia*, legislatura y justicia.

Most honourable, es más que *Right honourable*.

Los lores pares se les da el nombre de «lores de derecho»; los lores que no son pares, de «lores de cortesía».

El lord no presta nunca juramento ni al Rey ni á la justicia; su palabra basta; dice: *Por mi honor*.

Los comunes, esto es, el pueblo, que los lores envían á la barra, preséntanse en ella humildemente, con la cabeza descubierta ante los pares, que no se descubren.

Los comunes envían á los lores los bills por medio de una comisión constituida por cuarenta miembros, que los entregan haciendo tres profundas reverencias.

Los lores mandan á los comunes sus bills por medio de un escribiente.

En caso de conflicto, las dos Cámaras conferencian; los pares están sentados y cubiertos y los comunes descubiertos y en pie.

Según una ley de Eduardo IV, los lores gozan el privilegio del homicidio simple. Un lord que mata á un hombre no es perseguido.

Los Barones tienen igual categoría que los obispos.

Para ser Barón par es necesario conseguirlo del Rey, *per baroniam integram*, por Baronía íntegra.

La Baronía íntegra compónese de treinta feudos nobles y un cuarto de feudo; cada feudo noble producía veinte libras esterlinas, lo que componían cuatrocientos marcos.

El vínculo de la baronía, *capu baroniæ*, constituíalo un castillo regido como la misma Inglaterra, esto es, que no podrían heredarlo hembras sino á falta de varones, y aun en este caso sólo la hija mayor, *cæteris filiabus aliunde satisfactis*.

Los Barones poseen la calidad de *lord*, que proviene de la palabra sajona *laford*, cuya etimología procede de *dominus*, del latín clásico, y de *lordus*, del latín corrompido.

Los hijos primogénitos y segundo-génitos de los Vizcondes y de los Barones son los primeros escuderos del reino.

Los primogénitos de los pares pueden

pertenecer á la orden de caballería de la Jarretiera, los segundos-génitos, no.

El hijo mayor de los Vizcondes se coloca después de los Barones y antes que los Barones.

Las hijas de los lores se llaman *lady*; las demás doncellas inglesas se llaman *miss*.

Los jueces son inferiores á los pares. El alguacil lleva una capucha de piel de cordero; el juez un capuchón *de minuto vario*, de pieles blancas de todas clases, á excepción de la de armiño; éste quedaba reservado para los pares y para el Rey.

No se puede conceder un *supplicavit* para los lores.

Los lores únicamente pueden estar presos en la torre de Londres.

El lord al que el Rey llama á su palacio se le permite matar un gamo ó dos en el parque real.

Los lores tienen en su castillo corte de Barón.

Es indigno de un lord transitar por la calle con capa y seguido de dos lacayos. No debe presentarse en público más que con gran tren de gentiles-hombres domésticos.

Los pares van al Parlamento en carrozas especiales, los comunes, no. Algunos pares van á Westminster en carruajes de cuatro ruedas; estos carruajes y aquellas carrozas blasonadas, únicamente se permiten usar á los lores y forman parte de su dignidad.

Un lord no puede ser condenado á pagar una multa más que por otros lores, y ésta no debe exceder de cinco schellins, á excepción del Duque, que puede ser condenado á pagar diez.

Un lord puede tener en su casa seis extranjeros; los demás ingleses sólo pueden tener cuatro.

Un lord puede comprar ocho toneles de vino sin pagar derechos.

Un lord está eximido de presentarse al sheriff del departamento.

El lord está libre de pertenecer á la milicia.

Cuando le place á un lord organiza un regimiento y se lo entrega al Rey; así lo hicieron sus gracias el duque de Athol, el duque de Hamilton y el duque de Northumberland.

Un lord sólo puede depender de los lores.

En los procesos de interés civil, puede pedir que se inhiban del conocimiento de la causa si entre los jueces no hay siquiera un caballero.

El lord nombra sus capellanes. Un Barón puede nombrar tres; un Conde y un Marqués cinco y un Duque seis.

A un lord no puede castigársele con el tormento, ni aun por delito de alta traición.

El lord es letrado, aunque no sepa leer. Sabe de derecho.

Un duque se hace acompañar por todas partes de un dosel, cuando el Rey no está; un vizconde tiene un dosel en su casa; un barón tiene un tapete de escarlata, que hace poner bajo la copa mientras bebe; una baronesa tiene derecho de que un hombre le lleve la cola ante una vizcondesa.

Ochenta y seis lores, ó los primogénitos de estos lores, presiden á las ochenta y seis mesas de quinientos cubiertos cada una, que todos los días se sirven á su majestad en su palacio á expensas del país que rodea á la residencia real.

A cualquier plebeyo que pegue á un lord se le amputará la mano por el puño.

El lord es casi casi un rey.

El Rey es casi casi Dios.

La tierra es un lordship.

Los ingleses llaman á Dios *milord*.

Frente por frente de esta inscripción había escrita otra, que decía lo que sigue:

Satisfacción que debe bastar á los que nada poseen.

Enrique Anverquerque, Conde de Grant-ham, que se sienta en la Cámara de los Lores entre el conde de Jersey y el conde de Greenwich, tiene cien mil libras esterlinas de renta. Pertenece á su señoría el palacio Grant-ham-Terrace, edificado todo él de mármol y célebre por su laberinto de corredores, que es una verdadera curiosidad. Contiene el corredor encarnado, que es de mármol de Sarancolin; el pardo simulando mariscos, de Astracán; el corredor blanco, de mármol de Laui; el gris, de mármol de Staremma; el amarillo, de mármol de Hesse; el corredor verde, de mármol del Tirol; el azul turquí, de Génova; el violeta, de granito de Cataluña; el co-

rredor de luto, blanco y negro, de schiste de Murviedro; el corredor rosa, de los Alpes, y el corredor de todos los colores, denominado el corredor de los cortesanos.

Ricardo Lowther, Vizconde Lonsdale, posee en Lowther, en el Westmoreland, un magnífico palacio, cuyo pórtico parece que invite á los reyes á entrar.

Ricardo, Conde Scarborough, Barón Lumley y Vizconde de Waterford en Irlanda, lord teniente y Vice-almirante del condado de Northumberland y de Durham, posee villa y condado y la doble castellanía de Standsted, la antigua y la moderna, en la que se admira una suntuosa verja en semicírculo, que rodea un gran estanque que tiene incomparable salto de agua. Además posee su castillo de Lumley.

Roberto Darcy, Conde de Holderness, en cuyo condado posee sus dominios, con torres de barón y con muchos jardines á la francesa, en los que se pasea en carruaje de seis caballos, precedido de dos picadores, como conviene á un par de Inglaterra.

Carlos Beanderck, Duque de Saint-Albans, Conde de Buford, Barón Heddington, gran halconero de Inglaterra, posee un palacio suntuoso en Windsor, al lado del del Rey.

Carlos Bodeille, lord Robartes, Barón Truro, Vizconde Bodmyn, tiene un edificio en Cambridge que forma tres palacios, como tres frontones, uno arqueado y dos triangulares; llégase á él por una cuádruple fila de árboles.

El muy noble y muy poderoso lord Felipe Herbert, Vizconde de Cardiff, Conde de Montgomeri, Conde de Pambroke, señora y par de Candall, Marniön, San Quintín y Charland, visitador hereditario del colegio de Jesús; tiene el maravilloso jardín de Wilton, en el que hay dos fuentes más preciosas que las de Versalles, del Rey, Cristianísimo Luis XIV.

Carlos Seymour, Duque de Somerset, posee la Somerset-House, sobre el Támesis, que iguala en magnificencia á la villa Panfilia de Roma. Descansan sobre su gran chimenea dos vasos de porcelana de la dinastía de los Yuen, que valen en Francia medio millón.

Posee Arturo, lord Ingram, Vizconde de Irwin, en Yorkshire, un Temple-Newsham, al que se entra por un arco de triunfo, y

cuyos anchos tejados aplastados se asemejan á terrazas moriscas.

Robert, lord Ferrers de Chartley, Bourchier et Lovaine, tiene en Leicestershire un Stunton Harold, cuyo parque ofrece la forma de un templo con frontón; delante de su estanque descuelga la iglesia señorial con campanario cuadrado.

En el condado de Northampton, Charles Spencer, Conde de Sunderland, miembro del Consejo privado de su majestad, posee el palacio de Althrop, el que se entra por una verja que tiene cuatro pilares, encima de los cuales hay grupos de mármol.

Lorenzo Hyde, conde de Bochester, posee en Surrey un New-Parke magnífico por sus acróteras esculpidas, su jardín circular circundado de árboles, y por sus bosques, en cuya extremidad se encuentra una pequeña montaña, artísticamente redondeada, en cuya cima campea una gran encina, que se percibe desde muy lejos.

Lord Cornwais, Barón de Eye, posee á Brome-Hall, que es un palacio del siglo catorce.

El muy noble Algermon Capel, Vizconde de Maldeu, Conde de Essex, posee el Cashiobury, castillo que afecta la forma de una H mayúscula, en el que hay abundante caza mayor.

Carlos, lord Ossulstone, posee á Dawly en Middlesex, al que se entra atravesando por jardines á la italiana.

Jaime Cecil, Conde de Salisbury, posee el palacio Hartfield-Housse, con sus cuatro pobellones señoriales, la torre de atalaya al centro y su patio de honor, cuyo pavimento es de mármol blanco y negro, como el de Saint-Germain. Este palacio, que tiene doscientos setenta y dos pies de frontispicio, fué edificado en tiempos de Jacobo I, por el gran tesorero de Inglaterra, bisabuelo del Conde actual. Consérvase en él la cama de una antigua Condesa de Salisbury, de inestimable precio, construída de madera del Brasil, y que sirve de panacea contra las mordeduras de las serpientes, cuya madera llámase *mil hombres*. En la cabecera de este lecho se halla escrita en letras de oro esta inscripción: *Honni soit qui mal y pense*.

Edward Bich, Conde de Warwick y de Holland, posee el Warwick-Castle, en el

que se queman encinas enteras en sus chimeneas.

En la parroquia de Seven-Vaks, Carlos Saekville, Barón Biekhurst, Vizconde de Granfeild, Conde de Dorset, posee un knowle, que es grande como una ciudad, y está compuesto de tres palacios paralelos, uno detrás de otro, como líneas de infantería.

Tomás Thynne, Vizconde Weymonth, Barón Varnimster, posee á Long-lease, que tiene casi tantas chimeneas, claraboyas, glorietas pabellones y torrecillas como el palacio real de Chambord en Francia.

Henry Howard, conde de Suffolk, posee á doce leguas de Londres el palacio de Andlyene en Middlesek, que casi tiene tanta magnificencia y majestad como el palacio real del Escorial de España.

Enrique, Marqués de Kent, posee en Bedfordshire, el Wrest-Housse and-Park, que es todo un territorio, rodeado de fosos y de murallas, con bosques, ríos y colinas.

Hampton-Court, en Hereford, con su poderosa torre almenada y con su jardín, al que un estanque separa del bosque: es posesión de Tomás, lord Coningsby.

Roberto, Conde de Lindsay, posee Grims-thorf, en Lincolnshire, con su elevada fachada recortada por torrecillas, con sus parques, sus estanques, con faisanerías, con sus ganados, con sus árboles simétricos y en extensas filas, con sus parterres bordados de flores, que semejan grandes tapices; con sus praderas para ejercitarse en las carreras y con la grandiosidad del círculo, en el que las carrozas dan la vuelta antes de penetrar en el castillo.

Newnhans Padox, en Warwickshire, tiene dos viveros cuadrangulares y una pared frontera con ventanas de vidrios formando cruz; es posesión del Conde de Deubigh, que también es Conde de Rheinfelden en Alemania.

Wythame, en el condado de Berk, con su jardín á la francesa, en el que se encuentran cuatro cobertizos tallados y una gran torre almenada, pertenece á lord Montagne, conde Abiegdon, que también posee á Rycott, en cuya puerta principal se halla escrita esta divisa: *Virtus ariete fortior*.

William Cavendish, Duque de Devonshire, tiene sus castillos, uno de los cuales,

el de Chattsworth, de dos pisos, es de puro orden griego; además su gracia es propietario de un palacio en Londres, en el cual hay un león que vuelve las espaldas al palacio del Rey.

Burlington-House en Picadilly, cuyos extensos jardines llegan hasta los campos de fuera de Londres, pertenece al Vizconde Kinalmeaky, que es Conde de Cork en Irlanda; posee también á Chiswich, que ostenta nueve cuerpos de habitaciones magníficas; tiene además Londesburg, que es un palacio nuevo al lado de otros palacios viejos.

El Duque de Beaufort posee la propiedad de Chelsea, que encierra dos castillos góticos y uno florentino; tiene á Badmington en Gloucester, que es una residencia que contiene multitud de avenidas que afectan la forma de estrellas.

Jhon Holles, Duque de Newcastle y Marqués de Clare, es propietario de Bolsover, cuya torre cuadrada es majestuosa, y además es dueño de Hanghton, en el que sobresale en el centro de un estanque una pirámide simulando la torre de Babel.

William, lord Craven, Barón de Craven de Hampstead, posee en Warwickshire la residencia llamada Com-Abbey, que contiene el mejor salto de agua de Inglaterra, y además dos baronías en Berkshire; Hampstead Marshall, cuya fachada presenta cinco linternas góticas, y Asdowne Park, que es un castillo colocado en el punto de intersección de diversos caminos de un bosque.

Lord Lineuns, Barón de Clancharlie y de Humkervie, Marqués de Corleone en Sicilia, funda su pairía en el castillo de Clancharlie, edificado en 914 por Eduardo el Viejo contra los daneses; además, es poseedor de las propiedades siguientes: Coleone-lodge, que es un palacio; Humkerville-House, en Londres, que es otro palacio, y ocho castellanías, una de ellas en Bruxton, con derechos sobre las canteras de alabastro, y las otras son Gundraith-Homble, Mirocambe, Trenwardraith, Hell-Kerters, que tiene un pozo maravilloso, Pillingmore y Reculver: por último, es dueño de diez y nueve pueblos y aldeas con baillíos y todo el territorio de Pensnethchase, todo lo cual produce á su señoría cuarenta libras esterlinas de renta.

Los ciento sesenta y dos pares que viven en el reinado de Jacobo II, poseen una renta de mil doscientas setenta y dos libras esterlinas al año, que es la onceava parte de la renta de Inglaterra.»

En el margen del último nombre de lord Lineuns Clancharlie, leíase esta nota, trazada por Ursus:

—*Rebelde, desterrado; bienes, castillos y dominios secuestrados. Bien hecho.*

IV

Ursus admiraba á Homo, porque es una ley natural que admiremos á lo que se nos asemeja. La situación interior de Ursus era estar sordamente furioso, y gruñir era su situación exterior; representaba el descontento de la creación: hacer la oposición estaba en su naturaleza, pues veía siempre resaltar ante su vista la parte mala del Universo; nada de él le agradaba por completo. Labrar los panales de la miel no absolvía á la abeja de picar; hacer abrir las rosas no absolvía al sol de causar la fiebre amarilla ni el vómito negro. Es probable que en lo íntimo de su pensamiento Ursus criticase mucho á Dios. Únicamente merecían su aprobación los principios, y para eso tenía su modo particular de aplaudirlos. Una vez Jacobo II regaló á la Virgen de una capilla católica irlandesa una lámpara de oro macizo, y Ursus, que pasaba con indiferencia por delante de ella, con Homo, más indiferente aún, se quedó admirado ante el público y exclamó: — Verdaderamente más falta le hace á la Santa Virgen una lámpara de oro, que á los niños pobres, que van con los pies desnudos, zapatos.

Tales pruebas de *lealtad* y su evidente respeto á los poderes establecidos, contribuyeron bastante á que los magistrados tolerasen su existencia vagabunda y su alianza con un lobo. Dejaba, por debilidad amistosa, que Homo, algunas veces por la tarde, se estirase los miembros y errase con libertad en torno de la choza; el lobo era incapaz de un abuso de confianza, y se comportaba en *sociedad*, quiero decir, entre los hombres, con la discreción de un perro de aguas; no obstante, para no tener que habérselas con justicias de ninguna cla-

se, porque esto era inconveniente, tenía Ursus encadenado á Homo todo el tiempo posible. Desde el punto de vista político, su escrito sobre el oro, que era ya indescifrable y poco inteligible, no era otra cosa que un embadurnamiento de fachada, y no era denunciante. Hasta después del reinado de Jacobo II y de los de Guillermo y María, pudieron ver las pequeñas ciudades de los condados de Inglaterra cómo rodaba pacíficamente su carreta. Viajaba libremente de un extremo al otro de la Gran Bretaña, vendiendo sus filtros y sus redomas, compartiendo sus habilidades de médico de plazuela con el lobo, y pasando con facilidad á través de las mallas de la red de la policía, tendida en esta época por toda Inglaterra, para acabar con las partidas nómadas, y en particular, para detener á su paso á los *compraniños*.

Por otra parte, esto era justo, porque Ursus no pertenecía á ningún partido. Ursus vivía solo con Ursus, esto es, consigo y dentro de sí mismo, donde un lobo metía de continuo el hocico. Ursus ambicionaba ser caribe; no pudiéndolo ser, vivía solo, y el solitario es un diminutivo del salvaje, aceptado por la civilización. Pero el colmo de la soledad es la vida nómada, y de esto nacía el no establecerse en parte alguna; permanecer en algún sitio le parecía domesticarse; por eso pasaba la vida errando por los caminos. La vista de las ciudades le aumentaba la afición á las grandes malezas, á las selvas y las cuevas bajo las rocas, porque su domicilio predilecto era la selva, y se encontraba en su centro oyendo el rumor de las plazas públicas, que se asemeja bastante al murmullo de los árboles, y la multitud satisfacía hasta cierto punto su afición al desierto. Disgustábale de su choza que tenía puerta y ventanas, y se parecía demasiado á las casas. Hubiera conseguido su ideal á haber podido poner una caverna sobre cuatro ruedas y viajar en un antro.

Nunca se sonreía, como dijimos, pero se reía con frecuencia con risa amarga. Interviene el consentimiento en la sonrisa, pero la risa es muchas veces una denegación.

Su gran tema era el odio al género humano, en el que era implacable. Convencido de que la vida humana es horrible; convencido de sus calamidades, del predo-

minio de los reyes sobre el pueblo, de la guerra sobre los reyes, de la peste sobre la guerra, del hambre sobre la peste y de la bestialidad sobre todo; convencido de que existe cierta cantidad de castigo en el mero hecho de existir, y reconociendo que la muerte nos libra de la vida, cuando se le presentaba un enfermo le curaba. Componía cordiales y brevajes para prolongar la vida de los viejos. Ponía de pie á los lisiados, sin piernas ni brazos que andan arrastrando, dirigiéndoles este sarcasmo: — Ya puedes andar con dos pies como los demás hombres, y ¡ojalá andes mucho tiempo por este valle de lágrimas! — Cuando veía á un pobre desfallecido por falta de alimento, le daba los liards que llevaba encima, y le decía murmurando: — Vive, miserable, vive y come! ¡Vive mucho tiempo!... No seré yo el que abrevie tu presidio. — Después de hablar así, se frotaba las manos, y exclamaba: — Hago á los hombres todo el mal que puedo.

Los transeúntes podían leer por el hueco de la ventana de atrás, en el techo de la choza, esta nota, escrita en el interior, pero visible desde fuera, y hecha con carbón en letras grandes: URSUS, FILÓSOFO.

II

LOS COMPRANIÑOS

I

¿Quién conoce ya ni sabe el sentido de la palabra *compraniños*? Los *compraniños*, ó *comprapequeños*, componían una repugnante y extraña afiliación nómada que fué famosa en el siglo XVII, que se olvidó en el siglo XVIII, y que es ya desconocida en el siglo XIX. Los *compraniños* son «como la pólvora de sucesión»; un antiguo detalle social, característico; forman parte de la antigua fealdad humana. Para la penetrante mirada de la Historia, que abarca los conjuntos, los *compraniños* se relacionan con el inmenso hecho de la esclavitud. Joseph, vendido por sus hermanos, es un capítulo de esa leyenda. Los *compraniños* han dejado su sello en las legislaciones pe-

nales de España y de Inglaterra. Se ve aquí y allá, en la confusión obscura de las leyes inglesas, la presión de ese hecho monstruoso, como se halla en un bosque la huella del pie del salvaje.

Los *compraniños*, como esta frase indica, se dedicaban al comercio de los niños. Los compraban y los vendían, pero no los robaban; el robo de niños era otra industria.

¿Qué hacían de los niños comprados? Los transformaban en monstruos. ¿Para qué? Para que hicieran reír.

El pueblo tiene necesidad de reír, y los reyes también. Es menester que las calles tengan su titiritero, y los Louvres su bufón; el primero llámase Turlupin, y el segundo Triboulet.

Los esfuerzos que el hombre hace para proporcionarse alegría, son muchas veces dignos de la atención del filósofo.

¿Qué es lo que insinuamos en estas páginas preliminares? Un capítulo del más terrible de los libros, que podría intitularse: *La explotación de los desgraciados por los dichosos*.

II

Han existido niños destinados á servir de juguetes á los hombres, y existen todavía. En las épocas ingenuas y feroces, dichos niños componían una industria especial. El siglo XVII, llamado gran siglo, fué una de esas épocas. Fué un siglo muy bizantino; tuvo la ingenuidad corrompida y la ferocidad delicada, curiosa variedad de civilización. Era un tigre sonriendo. Era madame Sevigné, haciendo melindres con respecto á la hoguera y á la rueda. Dicho siglo explotó á los niños en gran escala; los historiadores, aduladores suyos, ocultaron esta llaga, pero dejaron ver el remedio, que fué Vicente de Paul.

Para conseguir hacer del hombre un juguete, es necesario trabajarlo cuando es tierno; el enano se forma cuando es pequeño. Un niño derecho no causa risa, pero

torobado sí. De aquí nació un arte que tuvo cultivadores. Cogían al hombre, y le trocaban en un aborto; cogían una cara, y la convertían en un mascarón. Tasaban el crecimiento, y petrificaban el semblante. Esta producción artificial de casos teratológicos tenía sus reglas, era toda una ciencia. Imaginaos una ortopedia en sentido inverso. Donde Dios colocó la mirada, este arte ponía el estrabismo; donde Dios puso la armonía, establecíase la deformidad; donde Dios imprimió la perfección, se restablecía el bosquejo; pero para los inteligentes en tal arte, el bosquejo era la perfección. También reformaban á los animales. La Naturaleza es nuestro cañamazo, y el hombre desea siempre añadir algo á la obra de Dios, y retoca la creación, unas veces para mejorarla y otras para empeorarla. El bufón de la corte sólo era un ensayo para hacer retrogradar al hombre hasta el mono; progreso retrospectivo. Al mismo tiempo trataban de transformar el mono en hombre. La Duquesa de Cleveland, Condesa de Southampton, tenía por paje un mono muy pequeño. En casa de Francisca Sutton, Baronesa Dudley, servía el te un mico, ataviado de brocado de oro, que lady Dudley llamaba «mi negro». Catalina Sidley, Condesa de Dorchester, iba á sentarse al Parlamento en una carroza blasonada, detrás de la cual iban de pies tres papiones de gran librea. Una de las duquesas de Medinaceli, á la que el cardenal Polus vió levantarse de la cama, hacíase poner las medias por un orangután. Estos monos, ascendidos en categoría, eran el contrapeso de los hombres brutalizados y bestializados. Esta promiscuidad del hombre y del animal, que buscaban los grandes, estaba especialmente subrayada por el enano y por el perro. El enano no dejaba nunca al perro, que era siempre mayor que él: eran dos colores unidos; esta yuxtaposición consta por una multitud de documentos domésticos, en particular por el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y mujer de Carlos I.

Degradar al hombre conduce á hacerle deforme, y completábase la supresión del estado por medio de la desfiguración. Algunos vivisectores de esas épocas conseguían borrar bastante bien del rostro humano la efigie divina. El doctor Conquest, miembro del colegio de Amen-Street y visitador jurado de los establecimientos quí-

micos de Londres, escribió un libro en latín sobre esta quirurgia á la inversa, y en él presenta sus procedimientos. Si hemos de dar crédito á Justus de Carrich-Fergus, el inventor de esta quirurgia fué un monje denominado Aven-More, palabra irlandesa que significa *Gran Río*.

El enano del elector palatino Perkeo, cuya muñeca ó espectro sale de una caja de sorpresa en la caverna de Heidelberg, era un notable *specimen* de esta ciencia, variadísima en sus aplicaciones. Esta ciencia formaba seres cuya ley de existencia era monstruosamente sencilla; les daba permiso para padecer, y les ordenaba divertir á los demás.

III

La fabricación de monstruos practicábase en gran escala, y comprendía diversos géneros. Los necesitaba el sultán, necesitábalos el Papa; aquél para guardar sus mujeres, y éste para elevar sus preces. Componían un género aparte, que no podía reproducirse por sí mismo. Estos seres, casi humanos, eran útiles para la voluptuosidad y para la religión. El serrallo y la Capilla Sixtina utilizaban la misma especie de monstruos: el primero feroces, la segunda, mansos.

Ejecutábanse en esa época obras que no se producen ahora, tenía un talento que hoy no poseemos, y no sin razón hay quien cree que estamos en decadencia. Ya no se sabe esculpir en plena carne humana, por lo cual el arte de los suplicios se pierde; esa época era aficionada á este género; hoy ya no existe esa afición, y se ha simplificado dicho arte hasta el punto en que pronto tal vez desaparecerá del todo. Extirpaban miembros á los hombres vivos, abriéndoles el vientre, arrancándoles las vísceras; se estudiaban prácticamente los fenómenos, y hacíanse descubrimientos; hoy es preciso renunciar á ellos y privarnos del progreso, al que el verdugo impulsaba á la cirugía.

La vivisección de esas épocas no se limitaba a confeccionar fenómenos para las plazas públicas, bufones para los palacios, especies aumentativas del cortesano, y eunucos para los sultanes y para los

papas; sus variedades eran múltiples. Uno de sus triunfos fué hacer un gallo para el Rey de Inglaterra.

Era costumbre que en el palacio del Rey de Inglaterra hubiese siempre una especie de hombre nocturno que cantase simulando el gallo. Este vigilante, que estaba en pie mientras todos los demás dormían, rondaba el palacio y emitía de hora en hora un cacareo de corral, repitiéndolo tantas veces como horas pregonaba, supliendo á una campana. Este hombre, transformado en gallo, sufrió al efecto, en su infancia, una operación en la laringe, cuya operación está descrita en el arte del doctor Conquest. Bajo el reinado de Carlos II, habiendo desagradado á la Duquesa de Portsmouth una salvación inherente á la operación, se conservó ese empleo, para que no decreciese el brillo de la Corona, pero se hizo que lanzara el cacareo del gallo un hombre que no estuviese mutilado. Ordinariamente elegíase para este honroso empleo á un antiguo oficial. En el reinado de Jacobo II, este funcionario se llamaba William Sampson Cop, y percibía, anualmente por cantar, nueve libras, dos chelines y seis sueldos (1).

Según relatan las memorias de Catalina II, apenas hace cinco años que, cuando el czar ó su esposa estaban descontentos de algún príncipe ruso, le obligaban á que se acurrucase en la gran antecámara de palacio, y estuviese en esta postura un número determinado de días, mayando como un gato ó cloqueando como una gallina que cobija á los polluelos y que pica en tierra el alimento.

Estas modas han pasado, pero no del todo. Actualmente los cortesanos que cloquean para agrandar, modifican un poco la entonación, y algunos cogen del suelo, por no decir del fango, lo que comen.

Afortunadamente, los reyes no pueden equivocarse; así es que sus contradicciones no embarazan jamás. Aprobando sin cesar sus actos y sus palabras, ciertamente se tiene razón, lo que es muy agradable. Luis XIV no hubiera consentido ver en Versalles á un oficial imitar el gallo ni

(1) *Estado actual de la Inglaterra*, por el doctor Chamberlayne, 1688. Primera parte, capítulo XIII, página 179.

á un príncipe imitar al pavo. Lo que realzaba la dignidad real é imperial en Inglaterra y en Rusia, hubiérale parecido á Luis el Grande incompatible con la corona de San Luis. Es muy sabido el disgusto que tuvo cuando madame Enriqueta contó una noche que vió en sueños una gallina; grave inconveniencia, ciertamente, en persona tan distinguida de la corte. Cuando se vive en palacio, no se debe soñar en corrales. Recordad que Bossuet participó del escándalo del reinado de Luis XIV.

IV

El comercio de niños en el siglo XVII, completábase, como acabamos de explicar, con una industria. Los compraniños hacían ese comercio y ejercían esa industria: compraban los niños, trabajaban un poco esta primera materia, y la vendían en seguida.

Los vendedores eran de todas clases: desde el padre, pobre de solemnidad que se desembarazaba de su familia, hasta el señor que utilizaba su ganado de esclavos. Vender los hombres era, á la sazón, cosa muy natural. En nuestros días se han baticado por sostener este derecho. Recordamos que hace menos de un siglo que el elector de Hesse vendía sus vasallos al Rey de Inglaterra, que tenía necesidad de hombres para que se los matasen en América. Acudía a casa del elector de Hesse como á casa de un carnicero á comprar carne, porque el tal elector disponía de carne de cañón. En Inglaterra, cuando mandaba en ella Jeffrys, después de la terrible aventura de Monmouth, decapitaron y descuartizaron á muchos señores y gentiles-hombres: estas víctimas dejaron esposas é hijas, viudas y huérfanas, y Jacobo II se las entregó á la Reina, su mujer. La Reina vendió estas ladíes á Guillermo Penn. Probable es que el rey participase de alguna remesa y del tanto por ciento. Pero lo que causa asombro, no es que Jacobo II vendiese aquellas mujeres; lo que asombra es que Guillermo Penn las comprase.

La compra de Penn se excusa ó se explica por el motivo de que, poseyendo un desierto para sembrar de hombres, necesitaba mujeres, que formaban parte de sus herramientas. Dichas ladíes proporciona-

ron un excelente negocio á su majestad la Reina. Las jóvenes se vendieron muy caras. Créese, malignamente, que Penn conseguiría duquesas viejas muy baratas.

Mucho tiempo estuvieron semi-ocultos los compraniños. Hay muchas veces en el orden social una penumbra que favorece á las industrias indignas, y en ella viven. En el reinado de los Estuardos, los compraniños no estaban mal vistos en la corte, y en caso necesario, la razón de Estado se servía de ellos. Para Jacobo II casi fueron un *instrumentum regni*. Fué la época en que se truncaban las familias encumbradas y refractarias, en la que se procedía rigurosamente en la filiaciones, y en la que se suprimían bruscamente los herederos. A veces frustrábase una rama en provecho de la otra. Los compraniños poseían el talento de desfigurar al que les recomendaba la política; desfigurar vale más que matar. También podía utilizarse la máscara de hierro, pero éste era un mal medio, porque no se puede poblar la Europa de máscaras de hierro, mientras que volatineros deformes transitan las calles verosíblemente: además, la máscara de hierro se puede arrancar, pero la de carne no; os enmascaran para siempre con el propio rostro, y esto es ingeniosísimo.

Los compraniños trabajaban el hombre como los chinos trabajan el árbol. Poseían sus secretos, como hemos dicho, y se han perdido. Hacían desmedrar caprichosamente al ser que salía de sus manos, y quedaba ridículo; retocaban al niño con tanta habilidad, que ni su mismo padre era capaz de reconocerle. A veces dejaban recta la columna dorsal, pero contra hacían la cara; quitaban la marca á un niño, de igual modo que es dable quitársela á un pañuelo.

Los productos destinados á ser volatineros tenían dislocadas las articulaciones hábilmente; parecía que habían quedado sin huesos; de éstos salían los gimnastas. Los compraniños no sólo desfiguraban el rostro de los niños, sino que les quitaban la memoria, al menos la parte de ella que podían. El niño no tenía conciencia de la mutilación de que había sido objeto; la espantosa cirugía dejaba huellas en la cara, pero no en el espíritu. Lo más que recordaba el niño era que lo cogieron unos hombres, que se durmió, y que seguidamente

le curaron. ¿De qué le curaron? lo ignoraba: de las quemaduras del azufre y de las incisiones del hierro no se acordaba. Los compraniños, durante la operación, adormecían al niño con unos polvos especiales que pasaban por mágicos y que suprimían el dolor. Estos polvos se han conocido siempre en la China, y se emplean aún. La China se apoderó antes que nosotros de algunas de nuestras invenciones, como la imprenta, la artillería, la arcostación y el cloroforno; pero los descubrimientos que en Europa nacen y crecen, y se diseminan en seguida, convirtiéndose en prodigios y maravillas, permanecen en embrión en la China, y allí consérvanse muertos. La China es un bocal de fetos.

Ya que hablamos de la China, vamos á ocuparnos en algo que se relaciona allí con este asunto. En la China, en todas las épocas se ha ejercido la industria de modelar al hombre vivo. Cogen un niño de dos ó tres años, y le meten en una vasija de porcelana más ó menos caprichosa, que no tiene cubierta ni fondo, para que queden libres la cabeza y los pies. Durante el día ponen la vasija en pie, y por la noche la acuestan para que el niño duerma; de esta manera el niño engruesa sin cesar, llenando con la carne comprimida y los huesos retorcidos todas las sinuosidades de la vasija. Este aumento dentro de la botella dura muchos años, y en un instante dado es irremediable: cuando se juzga suficiente y se cree que el monstruo está ya formado, rómpese la vasija y el niño sale, obteniendo un hombre de la figura de un cacharro. Esto es cómodo, y se puede encargar anticipadamente un enano de la figura que se desee.

v

Jacobo II toleró á los compraniños, pero era porque los utilizaba; á lo menos esto le aconteció más de una vez. No se desdefía siempre lo que se desprecia. Esta baja in-

dustria, expediente magnífico en ocasiones para la industria alta que se llama la política, permanecía voluntariamente en miserable estado, pero no era perseguida. No se la vigilaba, si bien se la prestaba cierta atención cuando era útil. La ley cerraba un ojo y el Rey abría el otro.

Algunas veces el Rey llegaba á confesar su complicidad en las audacias del terrorismo monárquico. Al que deseaban desfigurarse le flordelisaban, quitándole la marca de Dios é imprimiéndole la marca del Rey. Jacobo Astley, caballero y baronet, señor de Melton, condestable en el condado de Norfolk, tuvo un hijo vendido en su familia, en cuya frente el comisario vendedor puso impresa con un hierro candente una flor de lis. En ciertos casos, si se intentaba probar por medio de razones el origen real de la nueva situación del niño, empleábase este medio. La Inglaterra utilizaba para sus usos personales la flor de lis.

Los compraniños, con el matiz que se para una industria de su fanatismo, eran semejantes á los estranguladores de la India: vivían entre ellos á bandadas; eran charlatanes, pero por pretexto. Así la circulación les era más fácil. Acampaban aquí y allá, pero eran graves y religiosos, y no tenían parecido alguno á los demás nómadas; eran incapaces de robar. El pueblo, equivocadamente, les confundió durante mucho tiempo con los moriscos de España y con los moriscos de la China: los de España eran monederos falsos, y los de la China no se parecían en nada á los compraniños; eran gente honrada. Dígase lo que se quiera, eran sinceramente escrupulosos. Empujaban una puerta, penetraban, compraban un niño, abonaban el precio, y se lo llevaban.

Pertenecían á todos los países. Con el nombre común de compraniños, fraternizaban los ingleses, los franceses, los castellanos, los alemanes y los italianos. Uno mismo era su pensamiento, la explotación en común del mismo negocio, y esto era lo que los unía. En esta fraternidad de bandidos, los de Levante representaban al Oriente, los de Poniente representaban al Occidente. Muchos vascos charlaban con muchos irlandeses: el vasco y el irlandés se comprenden por hablar el antiguo dialecto púnico, y á más de esto por las relaciones íntimas de la Irlanda católica con la católica España, relaciones tan íntimas, que consiguieron hacer aborcar en Londres

á un casi Rey de Irlanda, á lord de Brany, lo que produjo el condado de Letrim.

Los compraniños componían una asociación más que un pueblo, y más un residuo que una asociación. Formábase toda la inteligencia del universo, practicando como industria un crimen. Era una especie de pueblo arlequín, constituido por toda clase de harapos. Afiliar á un hombre á él, era coser un pedazo.

Vivir errantes era la ley de la existencia de los compraniños. Aparecían y desaparecían, que el que sólo vive de la tolerancia no puede hechar raíces. Hasta en los reinos en los que su industria proveía las cortes, y en caso necesario auxiliaba al poder real, eran tratados con aspereza. Los reyes utilizaban su arte, pero mandaban á las galeras á los artistas. Estas inconsecuencias constituyen el vaivén del capricho real, porque se las sufrimos.

Los compraniños eran pobres, y podían exclamar como aquella bruja flaca y andrajosa, que veía encender la hoguera donde iban á echarla: «Lo que van á quemar no vale tanto como la candela.» Probablemente sus jefes, que eran desconocidos, esto es, los empresarios del comercio de los niños en gran escala, serían ricos. Esto no será fácil dilucidarlo nunca.

Los compraniños constituían, como hemos dicho, una afiliación que tenía sus leyes, su juramento y sus fórmulas, y casi su cábala.

El que desee enterarse minuciosamente de los compraniños, que vaya á Vizcaya y á Galicia; como hubo entre ellos muchos vascos, en aquellas montañas debe conservarse su antigua leyenda. Aun hoy háblase en Oyarzun, en Urbistondo y en Leso de esta asociación, y *agürrate, niño, que voy á llamar al compraniños*, es en dicho país todavía el grito de intimación de las madres á sus niños.

Los compraniños se daban citas; de vez en cuando los jefes tenían conferencias. En el siglo xvii existían cuatro sitios principales para verificar estos encuentros. Uno en España, en el desfiladero de Pancorbo; otro en Alemania, en la pradera denominada La Mala Mujer, cerca de Diekirch; en la que hay dos bajos relieves enigmáticos que representan á una mujer con cabeza y á un hombre sin ella; otro en Francia, en el antiguo bosque sagrado Borvo-Tomona, cerca de Bourbonne-les-Bains, y otro en Inglaterra, detrás de la pared del jardín de Wi-

lliam Charloner, escudero de Gisbrongh, en Cleveland, en York, entre la torre cuadrada y la pared delantera que muestra una puerta ojiva.

VI

Las leyes contra los vagabundos han sido siempre muy rigurosas en Inglaterra. La Inglaterra, en su legislación gótica, parecía inspirarse en este principio: *Homo errans fera errante peior*. Uno de sus estatutos califica al hombre errante de «más peligroso que el áspid, el dragón, el lince y el basilisco».

La ley inglesa, por lo mismo que toleraba, como acabamos de ver, al lobo aprehendido y doméstico transformado casi en perro, toleraba también al vagabundo que se hacía su vasallo. No inquietaba ni al saltimbanqui, ni al barbero ambulante, ni al físico, ni al buhonero, ni al sabio del aire libre, porque tenía un oficio del que vivía. Fuera de esto y de algunas excepciones, la clase de hombre libre que comprende el hombre errante daba miedo á la ley. Un hombre de paso era un enemigo público posible. La voz moderna *Flaner* no se conocía; únicamente se conocía la voz antigua vagar. Tener semblante sospechoso, tener ese no sé qué que todo el mundo adivina y nadie sabe definir, era suficiente para que la sociedad se dirigiese á un hombre y le preguntase: ¿Dónde vives? ¿qué oficio tienes? Si no respondía satisfactoriamente, tenía que sufrir duras penalidades. El hierro y el fuego estaban entonces en el Código, y la ley ejecutaba la cauterización de la vagancia.

Había, pues, en todo el territorio inglés «una ley de sospechosos» que se aplicaba á los vagabundos, malhechores y particularmente á los egipcios, cuya expulsión fué comparada, sin fundamento, á la expulsión de los judíos y de los moros en España y de los protestantes en Francia; pero nos-

otros no confundimos una batida con una persecución.

Persistimos en afirmar que los compranios nada tenían de común con los gypcios. Los gypcios constituían una nación; los compranios eran un compuesto de todas las naciones, un residuo, como hemos dicho, una cubeta de aguas inmundas. Estos no tenían, como los gypcios, idioma único y particular de ellos; su jergonza era una mezcla de idiomas; todas las lenguas mezcladas componían su lengua; acabaron por ser, como los gypcios, un pueblo que serpentea por entre los demás pueblos, pero cuyo lazo común era la afiliación, no la raza. En todas las épocas de la historia se han manifestado en la inmensa masa líquida de la humanidad arroyos de hombres venenosos afluyendo aparte y envenenando en torno suyo. Los gypcios eran una familia; los compranios una francmasonería, pero no establecida para conseguir un fin humanitario, sino para crear una industria repugnante. Los gypcios eran paganos y los compranios cristianos, y cristianos á machamartillo, como convenía á una afiliación que, si bien se diseminaba por todos los pueblos, nació en España, país devoto.

No sólo eran cristianos, sino católicos; no sólo católicos, sino romanos, tan obstinados en su fe, que rehusaron asociarse con los nómadas húngaros de Pesth, que mandaba y dirigía un anciano que llevaba un bastón con puño de plata, sobre el que mostraba el águila de Austria de dos cabezas, y sus húngaros eran cismáticos, hasta el punto de celebrar la Asunción el 27 de agosto, lo que es abominable.

En Inglaterra, mientras reinaron los Estuardos, fué, como dijimos, casi protegida la asociación de los compranios. Jacobo II hombre fervoroso, que persiguió á los judíos y á los gypcios, fué buen príncipe para los compranios; ya vimos por qué: ellos compraban la carne humana que el Rey les vendía; se juntaban sólo para ejecutar desapariciones que la salud del Estado necesitaba de vez en cuando. Al heredero incómodo y de poca edad que cogían por su cuenta, le hacían perder la forma en muy poco tiempo: esto facilitaba las confiscaciones. Las transferencias de las señorías á los favoritos quedaban así simplificadas. Los compranios eran ado-

más discretos y callados; prometían guardar silencio y cumplían la palabra, y esto es necesario en los asuntos del Estado. Casi no hubo ningún ejemplo de que hubiesen vendido los secretos del rey: verdad es que callaban por conveniencia propia, porque si el Rey hubiera desconfiado de ellos, se hubieran visto en peligro inminente. Eran, pues, un resorte desde el punto de vista de la política, y además proveían de cantores á Su Santidad. Los compranios eran útiles para el *Miserere* de Allegri, y eran particularmente devotos de María; esto halagaba el papismo de los Estuardos, y Jacobo II no podía ser hostil á los hombres religiosos que profesaban devoción á la Virgen, hasta el extremo de fabricar eunuocos. En 1688 hubo cambio de dinastía en Inglaterra. La casa de Orange reemplazó á la de Stuart. Guillermo III suplantó á Jacobo II. Este fué á morir en el destierro y se hicieron milagros en su tumba; sus reliquias curaron al obispo de Autún de una fistula, recompensa digna de las virtudes cristianas de este príncipe.

Guillermo, que no tenía ni las ideas ni las prácticas de Jacobo, fué severo con los compranios, y puso gran voluntad para conseguir reventar semejantes sábandijas.

Un estatuto de los primeros tiempos de Guillermo y de María hirió fuertemente á la afiliación de los compradores de niños. Dió un golpe de maza á los compranios, que desde entonces quedaron pulverizados. Según este estatuto, á los hombres de dicha afiliación que fuesen habidos y convencidos de pertenecer á ella, se les marcaría en las espaldas una R con un hierro candente, que significaba *roque*, esto es, indigente; en la mano izquierda una T, cuya significación era *thif*, esto es, ladrón, y en la mano derecha una M, significando *man-slay*, esto es, asesino. Los jefes, ricos prebendados, aunque de aspecto de mendicantes, serán castigados con el *collistrigium*, esto es, con la picota, marcados en la frente con una P, confiscados sus bienes y talados los árboles de sus bosques. Los que se nieguen á denunciar á los compranios serán castigados con confiscación y prisión perpetua. Respecto á las mujeres que se encuentren con los compranios, sufrirán el *cucking-stool*, que consiste en una trampa, que aho-

ra explicaremos. Como las leyes inglesas cuentan extraña longevidad, existe aún este castigo en Inglaterra, que hoy se impone á las «mujeres pendencieras». Suspéndese á la mujer castigada, «para refrescar su cólera», como dice el comentador Chamberlayne.